

No es arriesgado afirmar que Cuenca no siente, en absoluto, el espíritu universitario; la existencia del Colegio puede ser conocida por una mayoría de personas, quizás, pero la ciudad no se ha visto alterada, de ningún modo, por la presencia de un centro que debería dar carácter. Es fácil pensar en otras ciudades —Valladolid, Santiago, Salamanca— que, por encima de otras consideraciones materiales, son ciudades universitarias. No se ganó Zamora en una hora, ni se puede pretender que de la noche a la mañana sintamos todos la llamada de la vocación universitaria, pero algo más sí se podía haber logrado.

Ocurre que el Colegio está aislado, porque no hace acto de presencia en la ciudad. La solemnisima apertura de curso es apenas un pretexto para que se reúna el todo Cuenca que tiene traje de etiqueta y que, a falta de palacio de la Opera, encuentra una excelente ocasión de demostrar que aún hay clases. El ciclo de conferencias sobre cuestiones económicas organizado durante el curso pasado ha sido la única empresa de cierta envergadura de cara al exterior. Ya no ha habido más ciclos, ni existen equipos deportivos, ni los alumnos organizan grupos de trabajos sociológicos, ni existe cuadro teatral, ni tienen una publicación ni, en resumen, cuentan con cualquiera de las iniciativas extraacadémicas que, desde hace siglos, han servido para que la Universidad salga a la calle.

La paz sea con vosotros

Ni, siquiera, hemos tenido una humilde sentada que llevar a las páginas de los periódicos. Con lo que, naturalmente, no pretendemos insinuar que las sentadas son buenas, pero sí que el espíritu pacífico de nuestros universitarios raya en lo beatífico. Cuando por toda España corría un clamor de solidaridad con la cerrada Universidad de Valladolid, esa misma noche, nuestros estudiantes celebraban opíparamente el paso del Ecuador, en animada y cordial convivencia con la flor y nata de la sociedad conquense, unidos todos en ejemplar cena-baile.

Aquí se puede trabajar, dicen los profesores, especialmente los que vienen algún día de cada semana, abandonando sus conflictivas aulas madrileñas para encontrarse con grupos disciplinados y pacíficos, que no saben de pintadas, huelgas, carreras ni palos en las costillas. Aquí se puede trabajar, en efecto, y ese es, o debería ser, el principal argumento para que el Colegio fuera transformado en Facultad o Facultades, con el ciclo completo de estudios.

Lo que supondría, por otra parte, una fijación de plantillas de profesores en

NUMERO DE ALUMNOS EN EL CURSO 1974-75

FACULTAD	CURSO	ALUMNOS
Derecho	1.º	53
"	2.º	49
"	3.º	20
Filología Hispánica	1.º	21
"	2.º	16
"	3.º	8
Geografía e Historia	1.º	16
"	2.º	8
"	3.º	17
TOTALES		
Derecho		122
Filología Hispánica		45
Geografía e Historia		41
Total General		208

Cuenca, porque la mayor parte de los discentes no están dedicados exclusivamente al Colegio. Se produce aquí un distanciamiento alumno-profesor que también contradice el espíritu universitario. Lejos quedan los paseos de Séneca con sus discípulos o las tertulias de Fray Luis en el patio salmantino. Las clases adquieren, de este modo, un aire bachilleril, a través de esa distancia que sólo puede salvar el contacto diario y la actividad permanente, incluso fuera de las aulas.

Nada dice el nuevo Reglamento que se ha elaborado tras la reforma del patronato y el cambio de titularidad del Colegio a favor de la Caja de Ahorros sobre un aspecto de especial importancia: la dedicación del director al centro. Figura al frente del Colegio un catedrático de la Autónoma, nombrado por el rector pero que, como tal catedrático, se debe sobre todo a su disciplina en la propia Facultad y si, como en el caso actual, don Pablo Fuenteseca es, además, vicedecano de Derecho, el asunto se complica. Por regla general, el director pasa en Cuenca apenas unas horas, de jueves a viernes, el tiempo justo para firmar y saber cómo van las cosas. Que el director resida en Cuenca parece que es necesario y conveniente. Y no sirve el recurso de delegar en un subdirector.

Por pedir que no quede

La primera promoción del Colegio Universitario de Cuenca ya está en la calle. El cuadro nos da cifras, de alumnos que han estudiado este curso y de los que han terminado el primer ciclo. Todos los aprobados de este grupo están en condiciones de seguir rumbo a la licenciatura. No tienen más que hacer las maletas y marcharse a Madrid, cuando llegue septiembre.

¿Podrán marcharse todos? Esa es una de las muchas madres que tiene este cordero. Cuando comenzaron a estudiar, sabían que llegaría este momento, pero pensaban —pensábamos todos— que, para entonces, se habría recibido respuesta a una petición hecha docenas de veces, en público y en privado: la Facultad o las Facultades. La Universidad se ha llamado andana y ha dejado pasar el tiempo para enfrentar a los estudiantes ante los hechos consumados.

Para esta primera promoción no hay más que dos caminos: seguir, con todas sus dificultades (y pensamos no en los que son de profesión estudiantes, sino en aquellos que han querido buscar un nuevo horizonte a sus vidas) o renunciar y dejar la carrera a medias.

En esta coyuntura, ciertamente delicada, del Colegio Universitario, superados sus quebraderos de cabeza económicos, hay que plantearse, con decisión, una serie de cuestiones. Y hay que pedir su realización, con toda la energía que una provincia humilde puede poner en su voz:

—Ampliación de los estudios para cubrir el ciclo completo de las carreras.

—Establecimiento de estudios de Ciencias.

—Establecimiento de otras Escuelas Universitarias o Escuelas Técnicas de Grado Medio.

—Fijación de plantillas de profesores y enraizamiento en Cuenca.

—Orientación y realización de los cursos de verano, reiteradamente prometidos por la propia Universidad.

—Construcción o adecuación de un edificio propio para el Colegio o Facultades, con todos los servicios imprescindibles.

—Potenciación de la vida pública, activa, del Colegio.

Con estos pasos y otros similares, podremos conseguir que Cuenca sea una ciudad universitaria. Porque ahora hay Universidad, pero menos. ●